

MI ARBOL DE GÜITITE¹

Mario León Rojas

Meditando acerca de los cinco sentidos, la razón, la intuición y el conocimiento, por el obligado compromiso de disertar acerca de este tema fundamental de la epistemología, vime frente a mi árbol de güitite. Es hermoso, sereno, fuerte, múltiple, tibio y generoso. Vive en ese sitio desde mucho antes que nosotros. Era, creo, el oasis del potrero o del cafetal. Allí sentaban sus reales los insectos multicolores, las aves canoras y toda la suerte de seres alados quienes enredaron: sus trinos, sus colores, entre las chayoterías, el ayotal y el sinfín de plantas reptantes. Ha conocido tormentas, vendavales, las mil furias de los inviernos, los veranos, los embates de las otras especies. El se ganó su sitio. Siempre fue el apoyo de otros, la fuente de alimento para todos, la sombra segura, las raíces fuertes aferradas a la ladera de la montaña.

Recordé que el árbol es un símbolo muy rico de la tradición: es el nudo, el punto de contacto entre dos órdenes: el orden cosmogónico de los cielos y el misterio profundo de las entrañas terrestres. Desde el nacimiento de la filosofía se planteó el problema fundamental del conocimiento. Las dos principales teorías, en el contexto de la filosofía occidental, fueron las de Platón y las de Aristóteles. Someramente, ambas teorías constituyen los paradigmas de una visión contradictoria (que no antagónica) de los extremos respecto a la génesis del conocimiento.

La primera, el idealismo, considera que el conocimiento subyace en el hombre. Su alma inmortal conoce de antemano los arquetipos de lo existente en la realidad, la cual se agota en ese mundo de las ideas que son un pálido reflejo de las ideas eternas e inmutables. El conocimiento percibido por los sentidos, es parcial, incompleto e imperfecto. Sólo es verdadero el recibido mediante la reminiscencia del mundo ideal de donde proviene nuestra alma. Aquel quien, por una circunstancia especial, es capaz de mirar directamente las imágenes arquetípicas posee el conocimiento verdadero.

Si recordamos el mito de la caverna, Platón pone de ejemplo el individuo que es sacado de la caverna y mira directamente la luz. Este individuo, una vez superado el trauma del deslumbramiento, es iluminado por la fuente de luz que le permite el conocimiento verdadero. Esa visión es la iniciación que lleva a la persona desde las tinieblas de la apariencia hasta la luz de la verdad.

La otra vertiente, que niega el proceso de reminiscencia e iluminación, es la teoría de la tabla rasa. Es la posición materialista y mecanicista del conocimiento. En esta el conocimiento es producto de un proceso que inicia en la percepción sensorial y llega, mediante: la reiteración, la abstracción, el descubrimiento de las relaciones lógicas y matemáticas, a la formulación de un sistema de ideas. Pero, la percepción sensorial es apenas el primer contacto con la realidad. Para acceder a ella se necesita algo fundamental: el método, el camino hacia la verdad, hacia el descubrimiento de las relaciones internas de lo manifestado (que permite conocer la estructura del cosmos).

Desde esta perspectiva el conocimiento surge como consecuencia de una praxis, de una determinada manera de relacionarse con la realidad. Esta dicotomía de las teorías del conocimiento persiste hasta Kant. Se agudiza con Hegel y se acalla durante todo el siglo XIX y XX, cuando el materialismo irrumpe triunfalmente en los diversos discursos científicos posteriores a la primera revolución industrial.

Son los nuevos descubrimientos científicos los que llevan a cuestionarse el proceso del conocimiento. La teoría cuántica, la teoría de la relatividad y la teoría general de sistemas, entre otras, traen de nuevo el tema a discusión. El árbol arraigado en los

¹ *Tópicos del humanismo* (Heredia: Universidad Nacional) n. 129 (mayo 2006).

dos universos (el del mundo sideral y el del planetario), ofrece una visión más clara del problema. Lo de arriba (el cosmos arquetípico) y lo de abajo (la realidad material de lo manifestado) son, en la dialéctica actual, los elementos de la categoría: mundo abstracto/mundo material.

El mundo objetivo resulta complejo y caótico. Es la realidad que emerge como manifestación material del Uno. No se agota en sí mismo y en el extremo (como señala René Guenon) se encuentra lo potencial y lo no manifestado. El mundo ideal también es una realidad: un gran sistema de ideas cuyas interacciones no agotan su posibilidad de reflejar la manifestación material de lo existente.

En el medio de estas dos contradicciones está el logos, que permite el conocimiento. Y el logos, para penetrar el misterio de lo real, requiere una estructura, de un sistema de ideas que le permita hacer inteligible lo existente.

El medio fundamental para conocer la realidad es el lenguaje y el proceso cognoscitivo es un proceso de comunicación. La comunicación es el resultado de una relación (praxis) entre el sujeto cognoscente y el objeto del conocimiento. La inteligencia, entendida como la capacidad para conocer y responder a las exigencias del medio circundante (don Mariano Coronado le llamaba “mundo-relación”, frase más simple y que me agrada más que el vocablo medio ambiente. Por ello seguiré usando este término). El conocimiento es la imagen mental que ese mundo-relación crea en el ser vivo y le permite: relacionarse con el medio circundante intercambiando información y dirigirse hacia el logro de sus propios objetivos.

En los seres biológicos, la primera consecuencia de ese conocimiento y relación activa con su mundo-relación se manifiesta como una capacidad morfostática (es decir, la facultad de mantener el equilibrio ante los cambios de su ambiente sin variar su estructura). La segunda es la capacidad morfogenética (es decir, de cambiar su estructura para enfrentar la dinámica de su ambiente y adaptarse a nuevas exigencias).

Mi árbol de güitite es el mejor ejemplo de la inteligencia de los seres vivos a nivel del mundo vegetal. Él percibe lo que ocurre en su entorno; responde de acuerdo con la programación genética de su especie y sus propias características individuales. En su caso, propicia un hábitat en el cual participan muchos otros seres vivos incluyendo a los humanos. Tiene capacidad para adaptarse al sitio y establecer comunicación con los otros sistemas que lo rodean logrando objetivos esenciales para su existencia como individuo: sobrevivir, crecer, relacionarse armoniosamente con otros, reproducirse e intercambiar información con otros seres. Esta información la manifestará de diferentes maneras: proporcionando abrigo, alimentación, y favoreciendo la formación de un microclima entre otras actividades. Su nivel de percepción de la realidad es menos complejo que el de otros seres en otras escalas de la vida.

Es probable que se encuentre muy cerca de la unidad con lo existente y no posea un claro concepto de sí mismo. Sin embargo, será capaz de actuar como individuo y no es aventurado afirmar que tenga algunas emociones básicas. Pero resulta claro que su relación con los “otros” le permite lograr objetivos fundamentales: sobrevivir y producirse.